

## LA NORMALIDAD DEL ANTIGUO EGIPCIO A TRAVES DE SUS CUENTOS Y POEMAS.

Hay ideas generales que dirigen el razonar de los individuos por cauces determinados. Esas ideas generales que a menudo se captan en los manuales, en los comentarios, en las notas y en todas esas instantáneas que el hombre moderno honra con su lectura, son a veces erróneas.

Y así sucede con el Egipto y su cultura. Partiendo de la máxima de Herodoto, que Egipto es un don del Nilo, se nos va diciendo que los egipcios viven con una obsesión de la muerte, que su función en el Estado es completamente desindividualizada, que son meros piñones de un superorganismo, rebaños que construyen pirámides, que sus dioses usan cuernos, y que el Nilo tiene varios colores. Con este bagaje en obleas ya se habla de Samético III.

Pero felizmente esos alargados y monótonos pelucones que llevan cubos de agua no son como están allí pintados ni como el hombre que no los vió se los imagina. Su literatura nos da muchos datos que no podemos pasar por alto para formarnos una imagen del egipcio totalmente distinta hasta la que ahora existe y que, por supuesto, puede ser tan falsa como ella, pero por lo menos tiene el sabor de lo propio y personal.

Es por eso que tenemos la enorme satisfacción de comprobar que los egipcios fueron normales, humanamente normales, es decir, francamente inmorales.

Sería para nosotros motivo de desolación, pues reconoceríamos que un ser que no era hombre nos había hecho la competencia en la historia sin que nosotros nos diéramos cuenta, si descubriésemos como creen haber descubierto, que los egipcios eran seres domados por el Estado, por la muerte y por el tipo social. El hombre perderá no sólo sus atractivos sino su categoría, cuando sea perfecto, cuando someta la pasión a la inteligencia, cuando corresponda a su modelo preestablecido y cuando el mundo adquiera la propiedad de echar hombres iguales como una casa de moneda discos metálicos semejantes. Mas, felizmente, el egipcio era como hasta ahora es el hombre. Su literatura popular nos lo prueba con creces. Ingenuamente religioso está en germen el vaudeville

francés en muchos párrafos de sus relatos; agradablemente simple está el drama caballeresco en algunos de sus cuentos llamados morales. Lo que rige al mundo es la pasión y no la razón, el egipcio no tenía por qué evitar esta dirección pasional.

Puede ser que el Estado tuviera, como lo tuvo, gran importancia en la vida del hombre egipcio, pero de allí a absorberlo hasta que se convirtiera en autómata insensible, hay distancia.

El egipcio faraónico no tiene individualidad, dicen, y cuando se les presenta un cuento como es la narración de Sinué, afirman tratarse de un caso excepcional, y no hay motivo para no creer que lleguen a decir que es un caso que justifica la regla. Es muy difícil, si no imposible, pensar a un hombre sin individualidad; el hombre es hombre desde que se da cuenta de sí mismo, y a nadie se le ha ocurrido hasta ahora afirmar que el egipcio no era hombre. Eran tan hombres como nosotros y como lo serán nuestros descendientes. Cuando el bípedo deje de darse cuenta de sí mismo, aunque siga semejante a nosotros, será una mera clase zoológica. El egipcio no era animal.

Veamos si nó la "hombricidad", la inmoralidad, de los egipcios a través de una parte de su literatura. Los cuentos principalmente,

Tenemos en las "Advertencias y amonestaciones al discípulo" que el maestro da consejos de descarado cinismo y no precisamente en favor del Estado sino en provecho del alumno: "Has lo que te digo y mañana te encontrarás con que no tienes a nadie por encima de tí"; esto es ambición, **individualismo**.

Egipto es un pueblo que vive de la agricultura, pero qué tristes conceptos se emiten al mencionar al labrador. Los hipopótamos, las contribuciones, los gusanos y los ladrones se llevan todo el grano que está en los graneros del pobre labrador. Contra los hipopótamos y los gusanos, en fin, podría haber remedio, pero lo que llama la atención es que sean las contribuciones y los ladrones los que complementaban esas plagas. No hay duda que en ese país las contribuciones eran pesos que aplastaban al pobre en favor de las clases privilegiadas. Entre lo mejor para el discípulo que va a ser escriba está que "no le alcanzará ninguna contribución". Los ladrones abundan más de lo que debería haber en un país donde el Estado absorbe al individuo. Es ladrón Dehuti-necht, el que roba los asnos al pobre felah y que tiene con toda tranquilidad un pensamiento como este: "Desearía tener un buen ídolo que me ayudara a robar las cosas de este campesino". Como se ve claramente la obsesión de la muerte oprimía al buen Dehuti-necht. Y esos campesinos que vivían desindividualizados y sin tener concepto del propio yo ni del prójimo (Ortega y Gasset) eran unos magní-

ficos tramposos, pues cuando el felah fué a quejarse ante el intendente, sus asesores le dijeron: “Es seguramente un campesino de Dehuti-necht, que en vez de acudir a él ha acudido a otro; así hacen estos campesinos que van a otro en vez de ir a su amo”.

Cómo es posible que en un país en el que todos son míseros piñones, pueda decirse con un acento tan doloroso:

“Se roba hoy,  
Todos se apropian de los bienes ajenos”.

---

“El desgraciado se consuela con el desgraciado  
porque el hermano se ha convertido en enemigo”.

---

“El pecado, la plaga del país  
no tiene fin”.

Sí, porque el pecado, el sibarismo, el refinamiento y la falta de vergüenza dominaban ese pueblo que se toma hoy como ejemplo de magnífica organización. Si los continuos desbordes del Nilo exigían un poder centralizador que controlara la agricultura, no hay motivo para creer que el egipcio estaba dominado en cuerpo y alma por ese poder supremo y aplastante que era el Faraón.

Ortega y Gasset cree que era tan poca la individualidad en Egipto, que la personalidad desaparecía bajo la dignidad pública o tipo social, y que el mismo Faraón no era una dignidad intransferible, sino un mero soporte de su dignidad pública, y que por tal razón no se halla reparo en copiar tras el nombre de un rey la lista de hazañas a que otro dió cima. A simple vista esto no es desindividualización sino apropiación indebida de méritos ajenos. Un plagio, una desfachatez. Y ayudados por ese círculo de sacerdotes cortesanos que vivían a expensas del rey.

Los reyes penan el adulterio. Y así su majestad Nebka le dice al cocodrilo que tenía en su fauce al fornicador: “Llévatelo, es tuyo”. No sólo los reyes. Anubis “se pone rabioso como un leopardo, afila su cuchillo y lo coge en la mano poniéndose detrás de la puerta del establo para matar a su hermano menor” y todo porque la mujer de Anubis se había hecho pasar por adúltera. La sociedad a su vez responde, como lo hace hoy, a la vista de una mujer adúltera. Un alma dolorida se lamenta: “Mira, mi nombre es maldito. Mira, más que el de la mujer de quien se cuentan mentiras al marido”.

Pero a pesar de todo el adulterio se produce en Egipto con parisiense regularidad. La esposa del supremo chareb (sacerdote sabio, o mago) Uba-oner, se enamoró perdidamente de un vasallo, y sin mayor vacilación lo mandó llamar con la criada.

Puede decirse que hasta las proposiciones de adulterio tenían formas más o menos precisas. “Ven, vamos a reposar juntos un rato” y “Ven pasaremos juntos una hora” son expresiones dichas por distintas personas, pero como quien dice: “Buenos días, ¿cómo está usted?”. Y a pesar de ello había quien se encolerizaba como un leopardo.

La cerveza es la bebida nacional. Alusiones de su popularidad se encuentran en todas partes. El pobre felah, al que ya nos hemos referido anteriormente, antes de emprender viaje le dice a su mujer, entre otras cosas: “...hazme pan y cerveza para cada día de viaje”. Es decir, la cerveza reemplazaba al agua. Estaban por consiguiente en estado de embriaguez perpetua. Aunque podría creerse que se hubieran acostumbrado a esa bebida, si un indiscreto poeta no hubiese dicho:

“Cuando la beso en sus labios abiertos,  
estoy gosozo aunque no tenga cerveza...”

Y como siempre tenían cerveza... Pero apesar de todo el maestro aconseja al discípulo, que se mantenga apartado de las callejas y de los lugares donde huela a cerveza. ¡Pensar que todo Egipto olía a cerveza!

Otra muestra de la humanidad del Egipto la tenemos en su sibarismo. No nos han de extrañar, claro está, los relatos que hablan del refinamiento de las costumbres del Faraón, como no nos extrañen que nos hablan de la antropofagia de uno de los dictadores totalitarios modernos, lo cual no es precisamente sibaritismo, más sí un derivado suyo, ya que el apetito se saciaría con niños pequeños. Así tenemos que un Faraón que estaba eminentemente aburrido hace bogar en su presencia y por supuesto en la laguna, lago o río de su propiedad, a un grupo de mujeres “que no hubieren dado a luz todavía”, cubiertas de tenues velos. Esto es muy encomiable... y envidiable, pero cabe la posibilidad que sea una fantasía del autor del cuento, para así ver saciados sus deseos al atribuir a otro lo que quisiera hacer.

Veamos lo refinado del gusto en el pueblo, en los elementos componentes de Estado. La obsesión de las finas telas se manifiesta hasta en los cantos de amor, justamente allí donde no debería de manifestarse, y así tenemos a una joven que se regocija cuando va al estanque a bañarse ante su enamorado “mostrándole su be-

lleza en una camisa del más fino lienzo mojada de agua...”. Y en esos cantos de amor sucede una serie de cosas más que están bien para ellos pero no para un comentario. Sobre cosas de primera y única mano es mejor callar.

Dejando ese refinamiento estético pasemos al refinamiento gastronómico, aquel del que se puede hablar sin el menor rubor hasta delante de las más inocentes criaturas. Un buen purgante borra los rastros de un pasado corrupto, y por esto mismo los egipcios nos dan pocos datos sobre su gula. Entre estos nos hablan de un viejo de ciento diez años y que “se come todavía quinientos panes y un muslo de buey y se bebe diez jarros de cerveza”. En una palabra, lo que llama la atención es que coma todavía esa enormidad; si tuviera ochenta años y comiera esa cantidad no llamaría la atención, indudablemente porque todos comen eso y hasta más. Ya podemos encontrar la causa del abdomen búdico del escriba sentado.

Terminemos este boceto humano del egipcio con el último toque. La diferencia social se establece como en cualquiera de nuestros estados modernos: económicamente. El gran bandolero podrá llegar con gran facilidad a sumo sacerdote. Sin ir tan lejos, Sinué, el infeliz desertor, alcanza altura social elevadísima en Egipto, con sólo haber hecho fortuna en el extranjero. Llega hasta recibir una petición del Faraón para que regrese al país. En ese curioso cuento “La lucha del cansado con su alma”, el alma contesta al cansado: “No eres un hombre eminente y, sin embargo, solicitas la bondad de los dioses como si fueras rico en tesoros”. Es decir, el ser escuchado por los dioses y el ser eminente dependía de los tesoros. Y tan generalizado estaba el poder del dinero que entre las comparaciones insultantes se usaba ésta: “Eres el barquero que sólo pasa al que tiene dinero para pagarte”. Los que no tenían dinero cruzaban el río a nado. Pero eso no es todo: estaba tan arraigada la injusticia social que existían proverbios así: “El nombre de los pobres no se cita mas que a causa de su señor”. Esto implica un espíritu crítico que echa por sus bases toda idea de no individualismo.

Y así tenemos la gran satisfacción de comprobar que esos egipcios ideales eran tan humanos, inmorales y normales como nosotros. Que esa satisfacción esté mal o bien, no lo sabemos.

SALVADOR VELARDE G.